

Stephen Spender

UN MUNDO DENTRO DEL MUNDO

World Within world. New York, Harcourt, Brace and Company, 1948, pp. 217-225, traducción de Luis-Mario Schneider (edición española: Un mundo dentro del mundo, traducción de Ana Poljak. Barcelona, Muchnik Editores, 1993, pp. 334-345).

Mi siguiente visita a España fue en el verano de 1937, cuando asistí como delegado al Congreso de Escritores que tuvo lugar en Madrid, por aquel entonces continuamente bombardeado. Para esta visita la Oficina de Asuntos Extranjeros se negó a concederme el visado, así que tuve que prescindir de ella. Con un pasaporte falsificado, que obtuve para mí André Malraux, pude cruzar la frontera española. Durante la mayor parte del viaje, de la frontera a Madrid, fui con él y Claude Aveline. Mi pasaporte, que constaba de una sola hoja de papel, me describía como un ciudadano español llamado Ramos-Ramos, un nombre que contenía un mínimo de inventiva. Malraux se divertía a sí mismo explicando en la frontera que yo era un tipo de español muy especial, alto, con pelo rubio y ojos azules, que hablaba un dialecto que casi no se distinguía del inglés, y que provenía de un distrito montañoso y remoto del norte.

Los delegados al Congreso viajamos en una caravana de automóviles de la frontera española a Barcelona, Valencia y Madrid. En todas partes fuimos obsequiados con banquetes, en todas partes fuimos recibidos con el mismo entusiasmo y generosidad por un pueblo que manifestó una fe conmovedora en que la presencia de «los intelectuales» fortaleciese su resistencia.

La figura más destacada del Congreso fue sin duda André Malraux. En 1937 tenía un aire de joven vapuleado, cuya cara sobresalía pálidamente de su cuerpo, notoriamente encorvado cuando miraba a sus oyentes. Usaba un traje de tweed y metía siempre las manos en los bolsillos del pantalón. Tenía un tic nervioso que consistía en sorber continuamente y con ruido. Este tic, semejante a un resuello o resoplido, se hizo famoso y popular en el Congreso. Un día, en Madrid, Hemingway, mirando con anhelo en dirección de Malraux, dijo: «Me pregunto qué hizo Malraux para conseguir ese tic. Debe de haber corrido más de diez mil pies».

Mi francés en aquella época distaba mucho de ser bueno, pero tras varios días de escuchar la conversación de Malraux y de observarlo, me formé ciertas impresiones.

El propósito de su vida de aventura, mezclada con la creación artística, era el de escribir una leyenda personal en un marco de acción. Su política era la de un liberal individualista, pero como resultado de su inmensa confianza en sí mismo, mostraba cierta impaciencia ante la ineficacia de otros. Malraux me dijo que él siempre había insistido en implantar una justicia liberal en el escuadrón Malraux de las fuerzas aéreas republicanas, y que había rehusado tolerar que los comunistas interfiriesen en él. «Es necesario actuar» era el lema que resumía el secreto tanto de

sus novelas como de su política. Malraux renunció a su trasfondo estático y escribió sobre una vida de viajes, movimiento, guerra, política.

Un día me dijo que la poesía, como arte mayor, resultaba anticuada. Sólo –argumentó– dentro de un contorno en donde unos cuantos objetos de gran sencillez pue-dan ser captados de inmediato como símbolos espirituales, puede existir arte mayor. El bosque, el león, la corona, la cruz: cuando la verdadera realidad vivida se investía de significados interiores que los hombres reconocían inmediatamente, entonces el poeta podía utilizar en su poesía los símbolos claramente reconocibles de una vívi-da poesía de sacramentos, figuras y creencias, dentro del mundo. Pero no en nuestros días, cuando una invención supera a la otra, cuando los más poderosos símbolos poéticos del pasado han sido desplazados por los símbolos derivados de la maquinaria, que obtuvieron una fuerza aplastante y perturbadora, pero que carecen del transparente, espiritual sentido de los símbolos que han sustituido. Además, el fenómeno de una civilización industrial simboliza cosas totalmente distintas para las diferentes personas, de tal modo que el poeta moderno no sólo debe preocuparse de su propia visión poética, sino de establecer la validez de sus símbolos. De ahí que la poesía se hiciera inevitablemente complicada y oscura, porque trataba, simultáneamente, de hacer afirmaciones y de establecer los términos para realizarlas.

Pero la tarea de caracterizar la individualidad de los pueblos y de su marco ambiental fue, en realidad, del novelista y no del poeta.

Aquí me he permitido reconstruir un argumento, sacado de unos cuantos comentarios hechos por Malraux a lo largo del viaje por esa tierra montañosa en días calurosos de verano, y dichos en un lenguaje que sólo comprendí imperfectamente. Más aún, hoy he interpretado para mí mismo unos comentarios que oí hace trece años, de manera que lo que he escrito puede distar bastante de lo que dijo entonces o de lo que piensa ahora. Sin embargo, estas consideraciones me vinieron a la mente cuando conocí a Malraux, de manera que quizá se me puede perdonar el atribuirle en este libro afirmaciones que tal vez sean erróneas en su mayor parte.

Malraux es el más brillante y dinámico conversador que jamás he conocido. Hacía un verdadero arte de la exposición. Podía tomar ideas, expresadas como imágenes, y colocarlas ante el ojo de la mente. Cuando hablaba de poesía colocaba al poeta en un marco especial, rodeado de objetos vivientes que eran al mismo tiempo símbolos universalmente aceptados. Y así, con este perfil de gran conversador, des-tacaba al poeta en el trasfondo de la moderna sociedad industrial.

El propósito público del Congreso era discutir la actitud de los intelectuales del mundo ante la guerra española. Pero también había un tema oculto, constantemente discutido en privado y llevado a la plataforma casi con la misma frecuencia. Este tema era: los estalinistas versus André Gide. Porque Gide había publicado reciente-mente su famoso *libro Retour de l'URSS*, en el que había hecho un análisis crítico y objetivo de las impresiones de su viaje a Rusia, en donde fue honrado y agasajado como huésped del gobierno soviético. Mucho más sensacional que el libro mismo, fue la furia con que éste fue acogido por los comunistas. Gide, quien sólo unas semanas antes había sido aclamado en la prensa comunista como el más grande escritor francés de su

tiempo, según frase del Trabajadores de la República, se convirtió de pronto en un «monstruo fascista», en un «confeso burgués decadente» y cosas peores. Los escritores del Congreso estaban divididos respecto a este asunto.

Los delegados rusos tenían la consigna de invocar en sus discursos la importancia del papel que Rusia desempeñaba en el Frente Popular, y de denunciar a Trotski y a Gide. Mijaíl Koltsov, el famoso corresponsal de Pravda, se destacó como improvisador de parodias del *Retour de l'URSS* de Gide. Pero esto no lo salvó de desaparecer tras su retorno a Rusia.

El Congreso tenía el propósito de demostrar que había intelectuales de muchos países muertos en los bombardeos de Madrid por haber manifestado su oposición al fascismo. Más aún, el Congreso permitía a los escritores extranjeros que se familia-rizaran con los variados, fantásticos, paradójicos, sutiles y apasionadamente simples poetas y escritores españoles: hombres como el ampuloso y retórico Rafael Alberti, un rey del barroco comunista; el paradójico y sensitivo José Bergamín, seguidor de Unamuno, con una mente a la vez extravagante y definida, un poco como E. M. Forster; o como el poeta Machado, absorto en su mundo de valores poéticos puros, que hacía pensar en Walter de la Mare; o quizás el más asombroso de todos, el joven soldado, poeta de Madrid, Miguel Hernández, de origen campesino y pastor del pueblo de Orihuela. (Había una leyenda sobre Miguel Hernández: que había aprendido a leer y escribir bajo la tutela de un cura, quien lo encontró en las montañas y le enseñó las primeras letras con textos de los escritores de los siglos XVI y XVII. Así que su propia poesía, tan apasionada y estética, produjo una reacción en contra del modernismo dominante en Madrid en la época en que Hernández llegó a esa ciudad en 1934 y publicó por primera vez en Cruz y Raya).

El Congreso, con todas sus excelencias, tenía algo de fiesta de niños mimados, algo que hizo aflorar lo peor en muchos delegados.

El circo de intelectuales, tratados como príncipes o ministros, que atravesaron cientos de millas hacia un bello escenario, hacia pueblos desgarrados por la guerra, hacia el sonido de voces amigas, en medio de corazones rotos, conduciendo Rolls-Royces, banqueteados, alimentados, homenajeados con cantos y bailes, fotografiados y dibujados, tenía algo de grotesco. Ocasionalmente tuvimos que enfrentarnos con algunos incidentes que parecían un reproche, una burla que emergiera, con su agudo filo, de la realidad que había sido cuidadosamente disfrazada en nuestro honor. Uno de estos incidentes ocurrió en un pueblecito llamado Minglanilla, situado sobre el único camino que conectaba Valencia con los alrededores de Madrid. Allí fuimos banqueteados como de costumbre, comimos arroz a la valenciana seguido de postres y rociado con excelente vino. El almuerzo (como casi siempre) se hizo esperar. Mientras tanto, los niños de Minglanilla cantaron y bailaron para nosotros bajo el brillante sol que bañaba la plaza. De pronto, la señora Paz, la bella esposa del igualmente hermoso joven, el poeta Octavio Paz, rompió en un llanto histérico. Fue un momento de realización. Hubo también otro, para mí, después de la comida. Habíamos salido ya del lugar del banquete rumbo a la plaza, cuando una mujer campesina asió mi brazo y dijo implorante: «Señor, ¿puede usted hacer que esos pájaros negros cesen de ametrallar a nuestros maridos mientras trabajan en los campos?». Los «pájaros

negros» eran para ella los aviones fascistas. De alguna manera los habitantes de Minglanilla pensaban que el Congreso de intelectuales era una visita que los salvaría. La misma mujer nos invitó, al chileno Pablo Neruda y a mí, a conocer su casa, en donde nos mostró las fotografías de sus dos hijos: ambos combatían en el frente. Después sacó de un armario unas salchichas e insistió en regalárnoslas para que no pasáramos hambre en el viaje. En un banquete en Valencia quedé sentado junto al corresponsal de un periódico comunista. Era un joven brillante y cautivador, cuyas anécdotas divertidas y sus modales de caballero me mantuvieron entretenido. Era de buena familia y su particular excentricismo de aristócrata consistía en no adoptar una actitud caballeresca cuando escribía para los obreros. (En esto, sospecho que mostraba el secreto desdén que sentía por ellos). Me dijo que había leído un artículo que yo había publicado en *The New Statesman*, en el cual había hecho hincapié en que la Brigada Internacional estaba controlada por los comunistas y –pensando en muchachos como el infortunado M– argumenté que tal cosa debía aclarárseles muy bien a los voluntarios antes de

Desde que llegamos a Madrid, André Chamson, secretario de la delegación fran-cesa, se comportó de una forma bastante extraña. Una tarde, después de un banquete seguido de cantos y música flamenca, y tras una balada sobre Franco, escrita y recitada por Rafael Alberti, uno de los delegados españoles saltó sobre una mesa y gritó que Madrid estaba siendo bombardeada. La reunión se dispersó. Claud Cockburn, corresponsal del *Daily Worker*, el poeta Edgell Rickword, René Blech, un escritor francés comunista y yo, caminamos hacia la Puerta del Sol y observamos los pisos superiores del Ministerio del Interior, que habían sido incendiados por una bomba. A la mañana siguiente, André Chamson anunció que él y Julien Benda, el autor de *La Trahison des Clercs*, debían abandonar Madrid de inmediato. Porque si alguno de los dos moría en los bombardeos, Francia no tendría más remedio que declarar la guerra mundial. Chamson se negaba a admitir la responsabilidad de semejante catástrofe. Había algo grave e impresionante acerca de la autoimportancia que se concedía Chamson, en contraste con el espíritu turístico de algunos de los congresistas. Cada mañana cuando lo veía le preguntaba «¿Cómo está usted hoy?», a lo que invariablemente respondía: «Mal, mal, mal». «¿Por qué?». «Porque soy el único aquí que siente todo esto. Yo soy un ser responsable. El deber de todo escritor es estar atormentado. Los demás son irresponsables, sin corazón, no sienten».

Discursos, champagne, alimentos, recepciones, cuartos de hotel, formaban un grueso muro entre nosotros y la realidad. Una especie de histérica voluptuosidad se apoderó de ciertos delegados. Un novelista inglés comunista, que tenía cierta conexión con el ejército republicano, dio a los delegados ingleses una lección sobre la organización del mismo: «El Ejército republicano está plagado de anomalías», dijo; «por ejemplo, fíjese usted en mi uniforme; al verlo, se dará cuenta de que voy vestido de soldado raso, cuando en realidad mi rango es de general».

Era un hombre agradable, sincero y realmente culto, interesante cuando hacía referencia a su juventud transcurrida en un medio obrero o cuando hablaba de las artesanías de hierro catalanas. Su ocupación, no obstante, hizo descubrir el lado desagradable de su personalidad.

Me contó que en virtud de su trabajo como comisario político, tuvo que decidir la suerte de un miembro de la Brigada que era calificado de cobarde. Con ese propósito propició una conversación con el muchacho y en el curso de ésta lo convenció de que regresara al frente. Él ya había arreglado, secretamente por supuesto, que el muchacho fuera enviado a un lugar en donde tenía la certeza de que moriría. «Acabo de recibir una notificación en donde se me indica que ha muerto», dijo un tanto pomposamente. «Naturalmente, estoy un poco alterado; sin embargo, ello no me produce ningún cargo de conciencia, dado que estoy seguro de que yo he tenido la razón en todo este asunto». Tras una pausa, y mientras me miraba, añadió: «Le cuento esto porque hay una moraleja para usted en la historia». Y esto es lo que convierte a la cuestión en algo aún más frívolo (aunque todo ello en realidad es algo que va mucho más allá), puesto que no creo que él tuviera la más mínima autoridad para poder tomar una decisión de tal naturaleza. Su relato no venía a ser otra cosa que la manifestación de un hombre de letras que había tenido ocasión de participar mínimamente en el poder.

Por lo que respecta a mi propia conducta, debo decir que mantuve una actitud de cinismo, idéntica a la que observé en los demás. Debo confesar que me sentí internamente ofendido porque no fui invitado a hacer uso de la palabra (aunque, posiblemente, no habría tenido nada que decir, porque apenas si me acuerdo de las palabras que aduje en mis declaraciones públicas, o de las que haya hecho cualquier asistente al Congreso). En ocasiones, cuando me hallaba en la sala de sesiones, advertía alguna cámara fotográfica que apuntaba hacia mí, o algún artista con su lápiz, inclinado sobre su bloc de dibujo y que de cuando en cuando me atisbaba. Entonces, aun en contra mía, me quedaba completamente quieto, hasta que me daba cuenta de que el fotógrafo o el dibujante estaban interesados en realidad en Malraux, en Benda o en Alberti, en cuyas proximidades me encontraba por casualidad. En un banquete en Valencia quedé sentado junto al corresponsal de un periódico comunista. Era un joven brillante y cautivador, cuyas anécdotas divertidas y sus modales de caballero me mantuvieron entretenido. Era de buena familia y su particular excentricismo de aristócrata consistía en no adoptar una actitud caballeresca cuando escribía para los obreros. (En esto, sospecho que mostraba el secreto desdén que sentía por ellos). Me dijo que había leído un artículo que yo había publicado en *The New Statesman*, en el cual había hecho hincapié en que la Brigada Internacional estaba controlada por los comunistas y –pensando en muchachos como el infortunado M– argumenté que tal cosa debía aclarárseles muy bien a los voluntarios antes de que se enrolaran. El corresponsal, si bien estaba de acuerdo en que lo que yo exponía en el artículo no carecía de veracidad, dijo que habría sido mejor no publicarlo, puesto que más que los hechos allí vertidos, pesaban aún más las consecuencias que ello traía como resultado. La verdad, venía a decirme, radica en la causa misma y en todo aquello que ayude a darla a conocer. Aparentemente, la verdad, como también la libertad, descansan, fundamentalmente, en el reconocimiento de la necesidad que hay en ellas.

Durante el viaje, mientras no tenía la compañía de Malraux y Aveline, prefería sentarme junto a los chóferes españoles a ir en compañía de la adusta delegación británica. Uno de los miembros

de ésta era el poeta Edgell Rickword, con su aire de jugador retirado de criquet, integrante en alguna ocasión del equipo capitaneado por Rimbaud. Era un autor que gozaba de consideración a causa de la poesía que había escrito durante algún tiempo y era bien visto, igualmente, en virtud del digno y nunca roto silencio que había observado desde que se afilió al Partido. Venían también una escritora comunista y su amiga, una poetisa. La escritora daba la apariencia de ser, además de actuar como tal, la esposa de un vicario que presidiese algún té ofrecido en los prados de una diócesis tan grande como la extensión de la España republicana. Su amplia y ancha sonrisa, así como sus ojos, que dejaban traslucir un airecillo de superioridad bajo su sombrero de ala ancha, hicieron que su presencia fuera algo prohibitivo para los demás. Ella insistía, con cierta crueldad, me parecía, en llamar «camarada» a todo el mundo. Cuando se dirigía a mí, sus frases casi siempre comenzaban con un «¿No sería menos egoísta, camarada...?», aplicado a cualquier indicación que ella hacía de alguna acción, o algo semejante, la cual resultaba altamente recomendable desde su punto de vista.

Mientras íbamos camino de Barcelona a la frontera francesa, el chófer catalán mencionó, por casualidad, que cuando se liquidó al POUM (el partido trotskista) en Barcelona, él, personalmente, había exterminado, a punta de pistola, a seis personas y lo había hecho a sangre fría. En ningún momento trató de justificarse y de hecho contaba el episodio como si éste tuviera algo de divertido. (Otro descubrimiento que hice, por medio de mi acercamiento a los chóferes, fue el hecho de que los chóferes catalanes se referían a los valencianos como fascistas y a éstos no se les podía convencer de que llegasen a Madrid, por las mismas razones, mientras que los de Madrid a su vez aludían a los valencianos como fascistas y, por supuesto, cualquier otro que no fuese catalán, llamaba fascistas a los catalanes). En Barcelona, asimismo, tuve la experiencia sobrecogedora de comprobar este fuerte espíritu separatista. Hubo aquí una gigantesca concentración en la que hablaron los delegados. Cada discurso fue muy breve y traducido al catalán por un traductor que parecía tener la habilidad de comunicar lo esencial en apenas seis palabras. (Una circunstancia absurda de este mitin fue el hecho de que una orquesta, allí presente, interpretaba el himno nacional del país correspondiente a cada delegado cuando éste tomaba la palabra. Así, que cuando yo me levanté a pronunciar mi exhortación, la orquesta irrumpió con el *God save the King*, mientras el público se ponía de pie con los puños en alto). En mi discurso alabé a los catalanes por la encomiable decisión que habían tomado de acometer la empresa de traducir a los clásicos al catalán haciendo, además, accesibles estas obras al público en bellas y baratas ediciones. Si bien esto no era mucho todavía, los resultados ya eran perceptibles. Los delegados españoles que no eran catalanes se pusieron furiosos y me lo hicieron notar. Bergamín, que encontró el hecho divertido, me saludó siempre, después de ello, con el tradicional, *¡Visca Catalunya!* Los intelectuales catalanes enviaron una pequeña delegación para comunicarme su satisfacción por haber sido yo uno de los pocos extranjeros que sabían apreciar sus esfuerzos en el campo cultural. Me invitaron a tomar el té al día siguiente del mitin, al cual me acompañó el poeta Rafael Alberti; pero tan pronto como llegamos a la reunión, éste se lanzó de lleno a una diatriba contra los catalanes, criticándoles su falta de

cooperación dentro del conflicto y afirmando que si esta situación no se corregía en un sentido favorable para la República, ésta, «después de la victoria», sabría perfectamente cómo tratar con ellos.

Ya fuera de España y mientras tomábamos el sol en el muelle de un pueblecito llamado Port-Bou, justo al otro lado de la frontera, la novelista comunista, entrecerrando los ojos, dijo con un aire reminiscente: «Lo que resulta reconfortante es que no hayamos visto un solo acto de violencia por parte del bando republicano». Esto, para mí, ya fue el colmo y no pude menos que contarle la alegre confesión que me había hecho el chófer catalán. La escritora y su amiga regresaron apenadas, mientras la novelista le comentaba a la poetisa: «No es extraño que por primera vez, después de estos días que han sido tan largos, me sienta yo un poquito cansada». A lo que la amiga le replicó: «Eso obedece a que durante todo este tiempo, querida camarada, no has tenido tiempo, ni un solo momento, para dedicarlo a pensar un poco en ti misma. Ahora que ya no hay necesidad de tanta abnegación, puedes darte cuenta de lo cansada que te encuentras, eso es todo». «¡Ah!, qué intuitiva eres. Eso debe ser, sin duda». «Ya lo ves, querida, por algún tiempo los otros camaradas no te necesitan, así que debieras intentar relajarte un poquito».

La presencia de Altolaguirre en el Congreso de Escritores fue un alivio. Estaba algo afectado, como casi todos, por la histeria prevaleciente, pero de una manera que me resultó simpática. Un día, cuando Rafael Alberti peroraba una de sus baladas sociorealistas, le pregunté a Altolaguirre si le gustaba el poema. »No», fue la respuesta. «¿Por qué no?». «Porque soy yo quien debía recitarlo, ¡yo, yo, yo!», contestó apasionadamente, golpeándose el pecho.

Cuando llegamos a Barcelona se convino en que algunos de los delegados españoles irían a París con nosotros a hablar en una reunión. Altolaguirre, cuya esposa e hija estaban en Francia, solicitó ir. Unos oficiales le entrevistaron, junto con los demás solicitantes. Los demás escritores dijeron que sentían mucho dejar España, pero que hacían más por la causa desgarrándose de la República durante unos días y hablando en París. Cuando le preguntaron a Altolaguirre por qué razones quería ir, dijo: «Porque mi esposa Concha y mi hija Paloma están en Francia». Se le negó el permiso. Después de una sesión del Congreso, unos amigos suyos le preguntaron: «¿Por qué les hablaste de tu esposa e hija?». «Porque es verdad. Sí, están en Francia», respondió. «Sí, pero, ¿por qué no inventaste otra razón más patriótica para salir del país?». «¡No, no, no!», exclamó violentamente, y se marchó. Me explicaron con pena que Manolo realmente era muy infantil.

De Port-Bou a París viajamos en un tren de lujo que sólo llevaba coches-cama. El organizador francés, que sentía por mí cierta simpatía, me acomodó en un compartimento. Mientras me instalaba en él, oí a algunos delegados que gritaban y golpeaban con los puños las paredes de los vagones. Aunque estaban en verdad muy cansados, la escena de aquellos distinguidos intelectuales que acababan de recorrer con toda clase de lujos un país destrozado por la guerra, gritando para entrar en sus literas, persiste aún en mi memoria. Por un momento pensé en ceder mi lugar, pero pensándolo mejor decidí no ser tan cortés. Sin embargo, es extraño que en esta situación grotesca yo me considerara un objeto de sátira a mí mismo. Mientras me hallaba en mi compartimento de viaje me preguntaba si los peregrinos de Canterbury se habrían portado así.

Los delegados habían corrido algunos riesgos para mostrar simpatía por la causa republicana: y, sin embargo, de alguna manera, el tono del Congreso había sido inapropiado. Puede ser que a veces sea mejor hacer cosas inapropiadas y grotescas, y aun exponerse al desprecio de uno mismo, que no hacer absolutamente nada (mi visita al frente madrileño fue un ejemplo de un acto grotesco después de todo). Pero una insatisfacción fue la experiencia más profunda que obtuve del Congreso de Escritores.

Aznar Soler, M. (Ed.). (2018). *Segundo Congreso Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura (València-Madrid-Barcelona-París): Actas, discursos, memorias, testimonios, textos marginales y apéndices*. Ed. Alfons el Magnànim.

pags. 781-788